

Otras miradas

Juegos del hacer crítico: pedagogías, poéticas, políticas. Una tarde conversacional con Noé Jitrik, Zulma Palermo, Horacio González, Silvia Barei

Facundo Giuliano

Instituto de Investigaciones Sociales de América Latina (Conicet)

Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (UBA)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3404-1612>

facundo.giuliano@bue.edu.ar

Valentina Giuliano

Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (UBA)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5348-705X>

giulianovalen@gmail.com

Marta Inés Montiel

Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (UBA)

ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-3142-4514>

martaines1950@gmail.com

Introito

La conversación que a continuación se comparte surgió en base a una serie de debates e intercambios que tuvieron lugar en el marco del proyecto de investigación FILO:CYT “*Educación, filosofía y psicoanálisis: un anudamiento indisciplinario frente al capitalismo contemporáneo*” (con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación - UBA), espacio desde el cual se teje un compromiso epistémico con diversas formas de resistencia y re-existencia a los embates del neoliberalismo y a los modos de disciplinamientos academicistas.

Pensamientos y palabras que abrieron múltiples interrogantes, ocasionaron discusiones así como también silencios solicitantes de escucha. De este modo, hemos encontrado, más de una vez, los terrenos fértiles de la infancia, donde anida el juego y las complicidades por tramar una cálida travesura como conversación. Son esos territorios de la fragilidad vital y del deseo de conocer, que movilizan e inquietan, los que nos convocaron a esta aventura que hace pie en lo lúdico del pensar o en el jugueteo reflexivo con diferentes interrogantes del hacer crítico, en momentos donde parecieran reinar las políticas de la cancelación y el pensamiento protocolar.

Tal vez, al tomar el juego con seriedad de infancia, haga falta inventarse las reglas porosas y las tretas sinuosas, imaginar el paisaje, y disfrutar de aquello que sorprenda en el devenir. Así, conversar como si estuviéramos paseando por cuatro estaciones, algunas más frescas y otras más acaloradas, donde haya chance de detención por habitar un tiempo de versar con inquietudes, preguntas o comentarios interrogantes que surgen de lo comunal y que giran en torno al anudamiento de pedagogías, poéticas, políticas. Es por esto que nos encontramos con vitalidades

en las que se dibuja conjuntamente la docencia, la crítica y la investigación que cultivan formas enseñantes de lo novelesco, lo ensayístico, lo poético.

Apertura: el juego del pensamiento, el pensamiento en juego

Facundo Giuliano¹: Hay un telón de fondo en esta reunión, y tiene que ver con un volumen que ha recuperado algo de lo que se ha perdido en los cuatro años que pasaron de 2015 a 2019, me refiero a la revista *La Biblioteca*, fundada por Paul Groussac hacia finales del siglo XIX en el marco de la Biblioteca Nacional. Un volumen en el cual hemos participado y tramado escrituras de manera diferente, que es un espacio donde se puede hacer la interesante experiencia de explorar cómo las políticas neoliberales llegan a dañar la cultura, a enflaquecerla, desnutrirla. No solamente por haber estado discontinuado, sino que, en los pocos que aparecieron, puede notarse el enorme enflaquecimiento, desnutrición de esa publicación, así como una fuerte tendencia a la extranjerización. Por eso, ha sido un gusto compartir con Horario y con Noé la trama de este volumen que reúne, a lo largo de más de 600 páginas, a nuestras compañeras hoy aquí presentes, a nosotros y a gente de todo el país que trascienden lo meramente disciplinar para asumir compromisos con problemáticas que se vieron acentuadas por este presente aciago².

Quisiera acercar un par de líneas, que abran esta conversación, de un excomulgado psicoanalista que alguna vez dijo “el juego es sin consecuencias”.

1. Director del proyecto de investigación FiloCyT “Educación, filosofía y psicoanálisis: un anudamiento indisciplinario frente al capitalismo contemporáneo”. Docente e investigador del Conicet.

2. Disponible y descargable en: <https://www.bn.gov.ar/micrositios/revistas/biblioteca/la-biblioteca-dossier-especial-primavera-2020>

De repente me llamó la atención hasta qué punto esto es así, puesto que no seríamos los mismos si no hubiésemos jugado, si no nos la hubiésemos jugado en determinados momentos de nuestra vida, si no nos hubiésemos puesto en juego. Con esto quiero abrir la discusión en torno a algo que este año se ha escuchado, como un resistirse, cuando se decía que “este no es un momento para criticar”. A veces suele aparecer este argumento como una cuestión a la crítica y la invitación a Horacio, a Zulma, Noé y a Silvia viene a cuento porque han hecho, a lo largo y ancho de su vida, una conjunción, un anudamiento casi perfecto de lo que implica la enseñanza, la docencia, la crítica como una cuestión vital y como una respiración cotidiana de la investigación, la curiosidad, con todo lo que esto hunde sus raíces en la infancia.

Por un lado, tenemos un momento donde la crítica se vincula a cierto ánimo destituyente, como se dijo en algún momento de este último tiempo. Pero, al mismo tiempo y por otro lado, esto da cuenta de algo más, y ese algo más creo que tiene que ver con un cierto malestar que habita o que genera la crítica, o que se genera *en* la crítica. Podemos recordar aquí un clásico intercambio de la década del sesenta entre Sartre y Castoriadis, cuando uno le dice al otro “usted siempre tiene razón en el momento equivocado” y el otro le responde “usted siempre está equivocado en el momento justo”. De modo que nos encontramos en un dilema, en una situación, también, que atraviesa la ciencia y la investigación en Argentina, que está dado por lo que un pensador jamaiquino llamó “la decadencia disciplinaria”. Esto puede verse en cómo la cristalización disciplinaria de los diferentes lugares de las humanidades que se apellidan “críticas” a veces terminan encerradas en espacios de hiperespecialización y se descuidan problemáticas neurálgicas.

Hasta aquí como para abrir este ateneo, en el que veremos si nos prestamos al juego, si nos ponemos en juego, y cómo podemos darle vueltas a esta cuestión tan importante en este tiempo.

Zulma Palermo³: Yo creo, a propósito de lo que estás conversando o iniciando la conversación, Facu, que la vida es un juego serio en la que a veces se padece y en la que a veces se siente placer. Abrir el juego en este momento, en el caso particular que se me abre, que me abres, para mí es importantísimo. Es importantísimo porque en mi lugar, en mi lugar periférico, marginal, etcétera, es poco posible encontrar espacios como este para pensar en común, para incitar a la reflexión, para incorporarnos al mundo que nos es ajeno, que es el mundo en el que ustedes producen, tratando de abrir ese universo académico a un pluriverso académico en el que, en verdad, haya una efectiva participación plural y no meramente discursiva. Por eso, me complazco, en este momento del juego, a participar.

Horacio González⁴: estos sistemas de comunicación introducen una cuestión al lenguaje que... de ser un juego, efectivamente, no es un gran descubrimiento decir que la lengua es un juego. El intento de colocar normas sobre la lengua no hace más que poner una lengua sobre otra lengua y acentuar la ley del juego. El juego permanente no permite la comprensión estable, pero, si no

3. Profesora emérita de la Universidad Nacional de Salta. Referente de la perspectiva decolonial en la Argentina. Su pensamiento se destaca por tejer narrativas de la re-existencia confrontando a la visión lineal y opresiva de occidente, siempre avasallante de diferencias y alteridades. Su escritura situada nos invita a pensar otras maneras de estar en el mundo.

4. Profesor y exdirector de la Biblioteca Nacional. Dejó huellas indelebles y alentadoras del acceso público al conocimiento y al fomento de la cultura. Con su frondosa prosa invita a recorrer los senderos de las bifurcaciones y encrucijadas, convocando a la reflexión desde un pensamiento comprometido con la justicia social y el hacer crítico que abre conversaciones.

hubiera un juego, esta comprensión, en realidad, se convertiría en un ritual lúdico y, finalmente, insoportable. Así que la noción de juego es algo muy homólogo a la noción misma de pensamiento, muy vecina a la raíz dialéctica del pensamiento, pero también una ley dialéctica, en general, exige conclusiones que serán la base y punto de partida de otros juegos.

Si frenamos la noción de juego, también la dialéctica se pone en cuestionamiento, porque el juego, en la lengua, la convertiría en una contingencia permanente. Cuando una contingencia es permanente, se convierte también en una especie de ley, por lo tanto, el lenguaje es algo así como un juego sin salida. O se termina jugando infinitamente —con lo cual, el juego se convierte en ley— o se establece algún tipo de estación previa con un cierto detenimiento de las maniobras de juego. Y ahí, evidentemente, aparece un concepto que puede tener larga duración o corta duración pero que interrumpe el juego.

El juego es una paradoja porque precisa ser interrumpido, no puede ser un goce permanente, al estilo del Marqués de Sade, que, finalmente, termina en el funcionamiento de una máquina. Sería una máquina del goce que elimina el mismo goce. Como el famoso poema de Mallarmé: “un golpe de dados no abolirá el azar”, se traduce esta misma cuestión. Algunos filósofos franceses —por cierto... uno puede rechazarlos de distintas maneras— como Badiou que se basa en ese poema de Mallarmé, una demostración interesante, que no es nueva en la filosofía francesa o cualquier filosofía. Digamos la francesa, que es la que más avanzó, en este sentido, de tomar un gran monumento poético, como es ese poema, es un poema fuertemente enigmático... Un golpe de dados no abolirá el azar, que supone, precisamente, que el golpe de dados,

que parece vinculado a la contingencia total, es un acto que prefigura la contingencia, pero como acto, como acto de fundación, no es la contingencia en sí misma, es un acto fundador.

Si el azar se funda, quiere decir que hay algo antes del azar, que no sé si sería de la índole de la metafísica. Es posible desprender de eso la metafísica. Este filósofo Badiou desprende su teoría del acontecimiento de ese poema y de otras cosas, con lo cual hace de las matemáticas mismas algo que puede ser salvado sólo por el azar. Pero, al mismo tiempo, no deja de ser matemáticas. Es decir, la combinación de un conjunto de reglas con un conjunto de destrucción de las reglas.

Eso sería el pensamiento. Por eso, no es fácil estar de acuerdo. Como decía el personaje del gobierno anterior: “¿para qué sirve el pensamiento crítico? El pensamiento crítico llevaría a destruir el pensamiento”. No, no es así, el pensamiento crítico pone a cualquier pensamiento en una situación abierta e impredecible y, por lo tanto, permite establecer ese juego. Pero, al mismo tiempo, si todo fuera pensamiento crítico, se establece una rutina donde el juego ya no sirve para nada. Por lo pronto, entonces, tiene que haber un momento de estabilidad y respeto a cierta estabilidad de pensamiento...

En verdad, uno no sabe bien si está en el momento de la estabilidad o en el momento de la ruptura y del tiempo en el que no se va a saber cómo van a dar los dados. Entonces, la gracia de este sistema de tirar los dados es el azar y la no abolición del azar como ley. Entonces, el azar termina siendo una ley más inmutable de lo que creeríamos, y lleva a una teología. En la teología va a aparecer la figura de Dios bajo la permanencia y el azar también, lo cual permite

la crítica dentro de la teología y la teología dentro de la crítica; los agnósticos dentro de la creencia, los ateos dentro de la religiosidad y el mal dentro del bien.

Por lo tanto, decir “pensamiento crítico” no es una tontería, es el verdadero juego que define lo que es el pensamiento. Si es así, no hay que envanecerse cuando uno dice frente a la persona de índole conservadora “yo soy crítico”, porque lo que dice el crítico no es más que la enunciación de un modo de pensamiento, que es el único posible. A condición de que se sorprenda y se sustente en el mismo momento en que no se va a saber qué resultado van a dar los dados.

Sobre esa base de contingencia se construyó buena parte de la teoría contemporánea europea. Habría que ver otras filosofías posibles si se basan en un futuro que, seguramente, está próximo, porque todo lo que ha ocurrido exigiría nuevos esfuerzos filosóficos, de nuevos tipos combinatorios entre la contingencia y algún tipo de legalidad que no permita que sea un goce torpe marchar con el pensamiento que sea hacia el abismo, hacia el nihilismo que, efectivamente, es solamente autodestructivo.

No digo que en la autodestrucción no haya un placer, pero es un placer único y puede ser una sentencia tan dominante que nos alegre por única vez y después termine todo en un manto de cenizas. Por eso me parece que pensar en estas cuestiones de pensar y jugar es un juego interesante y, a la vez, un pensamiento interesante. Una falta de respeto a la ley y también una reconstitución, una nueva inscripción, como dicen los psicoanalistas, de la ley, o una nueva institucionalidad que admita disolverse en institucionalidades más generosas y más sensibles en el próximo paso que venga.

A eso llamo yo, finalmente, “pensamiento dialéctico”, porque no querría perder esa expresión. Bueno, hasta aquí llegó mi amor por los dados.

Encrucijada polifónica: actitud crítica, pedagogía del conflicto

Noé Jitrik⁵: A ver si puedo salir del mutismo. Porque muté, mutear, mutismo sería la consecuencia, ¿no? Dentro de esa serie relacionada con el juego, yo me permito invocar otro lugar, que es “a mi juego me han llamado”. Que ya no se expresa en una situación, una posición de desafío, y que tiene que ver mucho con mentalidad, con la creencia en uno mismo como posible contendor en un juego... digamos, en un desafío.

Esto supone que el juego, cuando se invoca de esta manera, supone un saber. Hay un saber desde el que se puede realizar el juego, si no, no se podría invocar como un instrumento. Bueno, esa es una primera y casi trivial aproximación a toda esta temática del juego como fundador... Retomo, además, esta otra reflexión de Horacio. No me imaginaba que iba a aparecer Mallarmé en esta tarde porteña. Y también, en cierto sentido, puedo decir “a mi juego me han llamado”, porque la obra, ciertos textos de Mallarmé me han provocado muchas reflexiones, escritura, traducciones, cavilaciones, etcétera.

Lo que fue un enfrentamiento con traducciones de Mallarmé tuvo que ver con lo que yo ya habría intuido como presencia hegeliana en el pensamiento de Mallarmé. Es interesante, me parece, verlo desde esa perspectiva. Se admite que, por el modo mallarmeano, hay filosofía, pero ¿cuál filosofía? Si la vinculamos a la filosofía en boga en el momento que Mallarmé escribe, creo que no. Me parece que eso es un Mallarmé que hay por atrás.

Efectivamente, quienes han estudiado las obras de Mallarmé han registrado esta presencia. Y veo que también es hegeliano el título que Horacio recordó, *Un juego de dados no abolirá el azar*. ¿Qué presupone esto? Yo hago una lectura que va en el sentido que Horacio marcó, pero simplifica un poco las cosas. Da por supuesto que una cosa es el azar y otra cosa es el golpe de dados. El azar vendría a ser una categoría casi inmutable; existe, se puede vincular con todo tipo de leyes o lo que sea. Muchos filósofos se han roto la cabeza para definir qué es el azar. Pero el golpe de dados es una especie de sistema productivo como cualquier otro para poner en movimiento, para verificar que el azar es inmutable.

Entonces, hay ahí un residuo dialéctico, muy evidente, muy claro, en esa formulación. Luego, cuando uno lee el poema, si no recuerdo mal, no hay tal azar, no hay tales dados ni aparece el azar como explicitado. Es en el título que Mallarmé se ha jugado. El título funciona como puerta para ingresar a ese universo filosófico.

En el poema, lo que funciona es otra perspectiva, que es el enigma del espacio y la capacidad del espacio de producir. ¿Por qué digo esto? No para parecer ante ustedes como mallarmeano ni como que es el centro de nuestra conversación. Simplemente como punto de partida para señalar que la relación o lo que uno puede encontrar en esa filosofía que está por atrás o en ese espacio que está por delante es, precisamente esto, de lo que estamos tratando de hablar, es decir, la crítica. Es lo que la crítica puede determinar. ¿Qué quiere decir “determinar”? Poner en claro lo que está por atrás de lo que estamos viendo. En el caso de Mallarmé, es un ejemplo, un punto de partida, y nos pone en esta situación de la crítica.

Este tema me ha suscitado, me ha convocado y me ha hecho pensar hace muchos años... temo siempre repetir cosas que ya he dicho como si las descubriera, como si aparecieran por primera vez. Me tengo que cuidar de eso y, por lo tanto, muteo, es decir, me callo un poco para ver qué me está pasando con este concepto, pero no puedo evitar la invasión de lo ya pensado. Y una de las cosas que me parece y que sobrevuelan todo lo que yo he escrito sobre la cuestión es que, por un lado, hay una circulación de la palabra “crítica” muy vulgarizada.

Digamos que crítica es cualquier actitud que se tiene de rechazo en general. Ese es el criterio popular de la palabra “crítica”. Y que funciona así, digamos, alguien es muy crítico porque se opone, porque grita, porque denuncia, porque pone en descubierto, porque es disconforme, porque no le gusta... en fin, todos esos atributos están en torno de eso. La operación, me parece, es convertir al término “crítica” en un objeto epistemológico. Darlo vuelta y empezar a reflexionar sobre sus alcances, sobre lo que implica el concepto mismo más allá o apartándose de esta vulgarización o de esta posición de vulgaridad. Apenas uno ve ese objeto epistemológico, se pone en un terreno, en un campo, el campo filosófico.

Entonces, para hablar en el campo filosófico y dentro de las augustas tradiciones académicas y universitarias, hay que decir quién se ocupó del tema, quién habló del tema. Bueno, pero no está mal hacerlo, porque cuando Kant habla, menciona como crítica a todos sus actos, a la metafísica, a la ética, a la estética, las sitúa en el campo y la etiqueta de la crítica, ya no se está poniendo en este giro epistemológico; ya tenemos que empezar la cosa de otro modo. Ya

no podemos pensar que él está oponiéndose a la metafísica, a los conceptos metafísicos o a las categorías que surgen en todos esos enormes trabajos.

La crítica, entonces, si rescatamos algo, es una relación, es un sistema de relaciones, es un conjunto de miradas, por empezar. Es un conjunto de miradas que tiene que ver con una cualidad, que eso da el criterio. También inaugura una familia de palabras: crítica, criterio, crisis... es una serie de implicaciones, de relaciones íntimas, que ya nos acercan un poco más al alcance perturbador que tiene este concepto de crítica. Ha tenido una capacidad de expansión, eso sí. Esa expansión le ha valido esta vulgarización a la que yo me referí hace un momento, pero también, en el medio, ha generado la necesidad de encontrar su propia mecánica; entonces, la crítica suele recurrir a la metodología.

Estamos ya en plena universidad, estamos en la autoridad y en la justificación de las operaciones que se pueden hacer porque, también, se supone que esa mirada que implica la crítica es respecto de un determinado objeto. Y, bueno, los sujetos literarios, por ejemplo, han sido, en ese sentido, privilegiados. Pero no agota, ese privilegio que ha recibido la literatura o los objetos literarios, la acción de la crítica. Hay algo más que trasciende, y ahí ya nos encontramos frente a un universo mucho más amplio que yo llamo, en una presentación que hice —me permito volver a invocarla—, “actitud crítica”.

Una actitud crítica es una disposición a que eso que se considera como crítica pueda ser aplicado a todo tipo de objetos y no solamente a los objetos que exigen una metodología con determinadas normas, determinadas aplicaciones y de las que se esperan determinados resultados. Una actitud no produce, necesariamente, resultados tangibles, pero sí genera comportamientos posibles.

Una cosa, por lo tanto, es quien posea actitud crítica respecto de un fenómeno político, que el que no la tiene. El que no la tiene pasa a un campo de posible manipulación. El que sí la tiene conserva su independencia o conserva en mayor grado su independencia.

Entonces, esto también nos permitiría historizar. Hay momentos en la historia en que la actitud crítica emergió con una fuerza realmente arrolladora y que tuvo consecuencias extraordinarias: la Revolución francesa. Todo el mundo parecía ya capaz de juzgar los desmanes de la monarquía, del absolutismo, de la religión, de todo lo que ustedes quieran. Ahí emergió actitud crítica, triunfó en una sociedad. Es un momento histórico de la actitud crítica. Pero hay otros momentos en que declina. La aceptación de grandes masas del nazismo, por ejemplo, es, ante todo, la declinación de una actitud crítica. Esto, creo, me permito muy modestamente pensar que en esa historia de la actitud crítica hay una posibilidad pedagógica acentuada y hay, también, una posibilidad política muy seria.

Según lo que nos proponen y a qué nos conduce el poder, nosotros podemos ver el grado de actitud crítica que conlleva o la falta de actitud crítica que propone. Ahí se juegan muchas cosas. Una actitud crítica ahí tiene que luchar contra la creencia, por ejemplo, y la creencia es, al mismo tiempo, otra historia, o propone también otra historia de la creencia en cuanto a la universalidad de la creencia, en cuanto al dominio que puede ejercer, en cuanto al poder que puede lograr la creencia.

Digamos, ¿por qué? No nos podemos explicar por qué, en cierto momento, la existencia de la inquisición en una religión que se pretendía a través de los evangélicos el reino de la tierra o el reino de los cielos en la tierra, podía existir y ser aceptada. ¿Qué

pasó? ¿Cómo la creencia dominó totalmente la actitud crítica en el seno de la propia Iglesia? La Iglesia se comprometió con eso. Es inviable el ejemplo, porque no es único en esa historia, pero, bueno, son todos conceptos que empiezan a acumularse, creo, a crear una especie de red, y que, finalmente, se invocan en la pregunta fundamental, puesto que estamos en el ámbito de las ciencias de la educación, y es: ¿qué hacemos? Esa es la pregunta, “¿qué hacemos?”, tanto en lo que compete a nuestra actividad y a nuestra relación con el mundo, porque nuestra relación con el mundo, de todos los que estamos acá es una relación pedagógica, estamos pretendiendo que estamos enseñando.

Valentina Giuliano⁶: Muchas gracias, Noé, se han abierto muchos interrogantes.

Noé Jitrik.: ¿Me estás agradeciendo, Valentina? No veo qué me tenés que agradecer.

Valentina Giuliano: Siempre. Es muy interesante cómo cada uno y cada una de ustedes fue abordando desde lugares diferentes la cuestión de la crítica. Estaría bueno escuchar a Silvia.

Silvia Barei⁷: Me planteo el desafío tal como lo presentó Facundo, esta idea de juego y la cita psicoanalítica de que el juego es sin consecuencia, porque, en realidad, la crítica es un ponerse en juego y un jugarse todo el tiempo muchas cosas, desde mi perspectiva.

También la idea de juego tiene que ver con el ritual. El juego se define, normalmente, desde alguna perspectiva, como un ritual que sigue determinadas reglas. Y a mí me parece que, justamente, lo que hace la crítica es desarticular estos rituales, apelar a una especie de descolocación, se podría llamar, de disenso inclusive, y replantearse su ubicación en otro lugar. No es una cuestión banal, que lo señaló bien Noé, o sea, una especie de que cualquiera grita y que cualquiera critica y entiende que eso, sin ninguna argumentación y reclamando o repitiendo determinadas consignas, es una crítica, pues no lo es, para nada. Tampoco la crítica es una religión. A veces la hemos encerrado en la academia como si fuera una religión —se ha practicado como si fuera una religión—; y tampoco es una ciencia. Cuando hablamos de “academia” pensamos en las ciencias, en el saber, en el conocimiento. Hay saber, hay conocimiento, pero no es exactamente una ciencia en el sentido clásico, aunque esté respaldada, obviamente, por determinados saberes.

A mí me parece que sería interesante pensarla, sin que yo tenga la respuesta, pero sí la pregunta, como parte de una pedagogía del conflicto, retomando un poquito la cuestión de pedagogía que ustedes plantean como proyecto, como parte del proyecto de investigación... O sea, es parte de una pedagogía del conflicto, y entonces yo ubicaría la crítica en una cuestión de encrucijada, de encrucijada que tiene que ver con, por una parte, una dimensión polifónica, es decir, necesariamente reflexiva, necesariamente dialógica, o una reflexión, una comprensión de tipo dialógica. Un poco dicho en términos bajtinianos, pero Horacio lo dice por allí el tema de la comprensión fundamental. Y, por otra parte, además de la cuestión polifónica, la cuestión del compromiso. No en el sentido tan tradicional y cerrado sartreano del compromiso del escritor, sino en un sentido

más abierto de pensar una especie de dimensión de la disconformidad que nos habita todo el tiempo. La disconformidad, en primer lugar, consigo misma.

Nos preguntamos todo el tiempo cómo pensar, cómo abordar determinados hechos de la cultura, hechos del mundo contemporáneo, y cómo decirlo; cómo pensarlo y luego cómo decirlo. Hay un orden de la escritura, un orden del decir que se nos plantea como conflictivo. Y, por otra parte, esta dimensión apela, también, no solo a la disconformidad con uno mismo —qué decir, cómo pensar—, sino también una disconformidad con aquello que está sucediendo en el mundo.

Indudablemente, somos críticos porque no nos gusta nada lo que está pasando todo el tiempo y somos críticos, inclusive, de aquello que sí nos gusta, de aquello con lo que estamos de acuerdo, de aquello con lo que, en principio, nos parece que va para ese lado que por ahí está bueno que vaya por ese lado. Somos críticos porque nos habita esa desazón, esa disconformidad permanente.

En esa línea uno podría pensar o podría ubicar la teoría crítica latinoamericana que, con todas las discusiones y todas las diferencias que hay detrás de este pensamiento, de algún modo, es una teoría crítica que nos habita. Es como pensar, como situarse en este lugar y como preguntarse ¿cómo pensamos desde acá?. Porque yo cité a Bajtín, por ejemplo. Ustedes citaron a Mallarmé, citamos a Sartre... conocemos todos los pensamientos, todas las teorías críticas; yo vengo, particularmente, de la teoría literaria... Entonces, ese es un saber que nos atraviesa. Pero nos hemos planteado, en algún momento, qué hacer con este saber y cómo pensar los textos de nuestra cultura. Ahí, me parece que hay una dimensión importante. Yo no la resolveré nunca, trato de ponerla en discurso y

en escritura, ¿no? Y a veces es una escritura que no es una escritura reflexiva de la crítica, sino también la escritura más creativa de la poesía, en mi caso particular.

Hay una pregunta que hace Facundo en uno de los textos de la revista... ah, de paso, aprovecho para felicitarlos porque me parece muy importante la publicación y el rescate que se hace en cada revista. Reconozco que no alcancé a leer las 600 páginas, pero sí bastantes de los artículos. Hasta donde leí, todos interesantes y, además, todos ponen una pregunta sobre el tapete, y eso es lo importante. Por ejemplo, Facundo se pregunta: “¿qué otro lugar puede ensayar la crítica en estas latitudes?”. Y lo de “en estas latitudes” es lo que, justamente, a mí me desafía. Y Noé, por ejemplo, también dice “¿qué pretende la crítica cuando critica?”. Yo le agregaría “cuando critica en estos sures”, ¿no cierto? En estos otros lugares por los que pregunta Facundo. La respuesta siempre va a otra pregunta, siempre cerramos nuestros trabajos con nuevas preguntas. Por eso podemos seguir pensando, cuestionando y criticando... Y preguntándonos por los textos de nuestra cultura.

Porque, para mí, ese hacer crítico al que hace referencia Noé es, justamente, del orden del querer. Es un hacer, pero del orden del querer. Del querer decir, del querer pensar, del orden del deseo. “Yo quiero tal cosa”. Y del orden de la voluntad. A ver, ¿cómo me voy a plantear pensar algo que ha sucedido, un acontecimiento de nuestros días? ¿Cómo me planteo pensar todo lo que sucedió alrededor de la muerte de Maradona? Un ídolo convertido en dios. Todo un ídolo en nuestra cultura, que es un dios para nuestra cultura. Con qué mayor o menor intensidad yo puedo pensar determinados fenómenos. Después, con mayor o menos intensidad, convertir eso en una escritura. Y seguramente termine en una pregunta, termina en una inflexión que hará, finalmente, que otro

pueda contestarme, que otro pueda disentir conmigo, que otro pueda ubicarse en ese lugar de la reflexión y de la discusión.

Me parece que ahí hay cuestiones que, justamente, es el hacer de la crítica, el pensar, el deseo de la crítica, en el cual uno se puede ubicar sin tener nunca las cosas resueltas. Es un lugar incómodo, pero un lugar de desafío. A mí me ha desafiado siempre, y sé que cada vez estoy más en el aire, pero cada vez me animo a plantearlo con un poco más de seguridad afirmar que estoy en el aire. Aunque eso, efectivamente, lo de estar firme y estar en el aire, es una absoluta contradicción.

Lugarizar el pensar, el aquí (po)ético-político

Zulma Palermo: Volviendo a la cuestión que se fue hilando entre las tres exposiciones, yo siento la imperiosa necesidad de marcar mi lugar. En el sentido en que Silvia lo acaba de plantear. Mi lugar es aquí y ese aquí es mi región, mi región es América Latina, y ese gran espacio va actuando como en círculos articulados y es lo que, por ejemplo, marca, para mí, el hecho de que mi Mallarmé sea Macedonio Fernández, y no Mallarmé, a quien leí, seguramente, cuando era estudiante de grado y nunca más. En cambio, Macedonio —que lo descubrí tarde, porque nunca lo leímos en la facultad— fue mi maestro, fue el faro, fue el que me advirtió acerca del juego serio del lenguaje y de la vida.

Un Macedonio que también -y ahí tengo que exponer mi huella, mi costado literario o de formación literaria- marcó a la mayoría de los considerados grandes escritores de la literatura nacional. Ese lugar, que, insisto, es el único que siento como propio, me lleva a, también, conversar con Noé acerca de que, en realidad,

cuando uno dice “crítica”, hoy, es en el ámbito de la expresión común “no seas criticaona”, “no critiques tanto”, en ese orden del discurso general, normalizado en la práctica social de la vida cotidiana. En tanto que lo que nosotros, como formadores o formados de la academia, entendemos por “crítica” es, en realidad, pensamiento crítico, en tanto actitud hacia el desarrollo de un campo de reflexión que, para mí, es siempre absolutamente *lugarizado*, situado, en este aquí y en este ahora, que es la consecuencia de un transcurso de larga, de larguísima duración, y por eso, también, me ato, me ligo, a lo que acaba de manifestar Silvia.

La crítica, el pensamiento crítico que nosotros necesitamos ejercer, es acerca del trayecto de la formación del pensamiento crítico en este *aquí*. Es lo que pasó. Obviamente que pasó siempre marcado por aquello que hemos resultado siendo como *consecuencia de*. Una mentalidad construida a partir de las ideas básicas de la formación grecolatina europea que nos atraviesa. Somos occidentales, no lo podemos negar, pero esa occidentalización ha anulado gran parte del pensamiento productivo de otros sectores de nuestra sociedad que han estado absolutamente adormecidos, pero nunca acabados. Y ese resurgir, que yo lo he visto funcionar desde siempre en el subsuelo de la cultura nuestra... —hablo de América Latina en general; en ese sentido, Argentina, lamentablemente, está mucho más dormida ante esa realidad— yo lo he visto brotar y hacerse público cuando se conmemoraron los 500 años del “descubrimiento”. Es ahí donde explotó discursivamente, inclusive académicamente, en esos espacios, la visibilización de eso que estaba ahí desde siempre, que sigue estando y que tiene mucha fortaleza para ayudarnos a comprendernos.

No es porque debamos indianizarnos o africanizarnos, no, no es eso. Nosotros, en la mayoría, en el caso de América Latina, somos blancos o mestizos

y hemos bajado, en algún momento, de los barcos. Pero ya no somos eso, no somos europeos, tenemos que reconocernos como que no somos europeos, somos otra cosa. Somos un fenómeno... Por ahí decía el viejo Marechal: “parte de una patria que todavía no tiene bautismo”, porque no nos identificamos con algo que somos y que no hemos podido todavía llegar a ser, en la medida en que no podemos mirar la heterogeneidad y transformarnos en un espacio de pensamiento crítico, de actitud crítica, que nos lleve a advertirnos como personas socialmente valiosas en el universo global hoy.

Por ahí escribí—a propósito, también algo que decía Silvia—un articulillo en el que pongo un poco el énfasis en la cuestión de la autodesvalorización que nos caracteriza, en particular, a los argentinos. “No nos queremos” digo yo por ahí. ¿Y por qué no nos queremos? ¿Por qué nos devaluamos permanentemente? Y creo que la expresión más clara de esa devaluación es la opción por el dólar. Hemos terminado desacreditándonos en todos los órdenes, donde la soberanía política, que tanto ha proclamado ciertos lugares del pensamiento argentino, no se ejerce. Y no se ejerce porque no podemos aceptarnos como somos.

Perdón el énfasis, pero, creo que, cuando hablamos de crítica, si no nos pensamos desde este lugar, desde esta experiencia histórica, no llegamos a nada. Sí, vamos a seguir preguntando, porque la pregunta es necesaria para generar pensamiento, si no, no lo hay, pero dónde, desde dónde preguntamos, qué es lo que nos inquieta como personas que tenemos la necesidad pedagógica en el orden de la vida, de la vida cotidiana.

Hacemos pedagogía con hijos, con nietos, en el aula y fuera del aula, con graduantes y posgraduantes. Permanentemente estamos haciendo una acción de

esa naturaleza, que no es enseñar, en absoluto, no se trata de enseñar: se trata de compartir. Se trata de construir en común pensamientos válidos que nos validen como personas. Crítica. Esa es mi idea acerca de la crítica y desde dónde me pienso como potencia, no por valor, sino como potencia para generar espacios de reflexión, espacios más auténticos de pensarnos en la historia. Yo creo que, si nos olvidamos del recorrido, perdemos toda la posibilidad de comprensión.

Noé Jitrik.: estas reflexiones de Silvia y de Zulma no deberían quedar así, un poco esperando, a la espera, porque todo lo que se dijo en lo inmediato suscita algunas reflexiones o respuestas. Por ejemplo, las afirmaciones de Silvia, hay un simple puntito que quisiera acercar. Ella habla del deseo, la voluntad, etcétera, de pensamiento crítico. Y yo diría, añadiría ahí, también, un elemento de capacidad de hacerlo. Porque yo puedo desear andar en bicicleta, pero, realmente, a lo mejor no puedo, no me dan las piernas. Es decir, esa capacidad también es creciente y también es uno de nuestros objetos. Tenemos que generar, también, esa capacidad de que el deseo que podamos sentir pueda ejecutarse.

Digo, pequeño ejemplo: yo, cuando empecé a asomarme a la cultura, iba a ver cine, museos, teatro, etcétera, he ido ávidamente, pero la verdad es que deseaba no solo verlo, deseaba comprenderlo, pero no tenía instrumentos para hacerlo. No tenía capacidad para hacerlo y me limitaba a lo testimonial elemental. Por ejemplo, en algún momento yo coleccionaba las entradas a los teatros y a los cines a donde iba para saber, para comprobar que mi deseo se había, de alguna manera, manifestado, pero con eso yo no podía hacer absolutamente nada. Ahora no guardo ninguna entrada del espectáculo, no lo necesito. Eso, por un lado.

En cuanto a lo que señaló muy agudamente Zulma, yo diría que sí, yo coincido absolutamente. Hay un dónde, hay un aquí desde dónde, y ese aquí, aunque uno no lo perciba del todo, nos condiciona. No nos limita, al contrario, nos provoca, pero sí nos determina y nos condiciona. Y no es que tengamos que pensar en el *aquí* refiriéndolo y exaltándolo, porque uno de los problemas de la filosofía latinoamericana es esa exaltación. Era como decía, en algún momento, los Black Panthers: negro, joven, genial. Afirmarse en esa identidad ya parecía genial. No es genial. Desde ahí nosotros tenemos que seguir una construcción ateniéndonos... e incluso así la comparación es válida.

Cuando los europeos son tan afirmativos y no se plantean estas cuestiones es porque tienen tres mil años atrás. Nosotros, como país, tenemos doscientos y pico, es muy poco; estamos, todavía, en la etapa de construcción de la identidad, no la tenemos del todo. Y lo que hemos estado haciendo, y como muy bien señalaba Zulma, es demoliendo lo poco que tenemos, descreyendo. No somos capaces de. Eso tiene, históricamente, en Argentina, dos momentos que serían muy importantes.

Por ejemplo, cuando Alberdi, en 1837 habla de filosofía y pretende filosofar cuando, todavía, el país está en pleno desorden, cuando hay muertes y degüellos a raudales. Alberdi dice “la filosofía es importante, hay que filosofar, hay que tener filosofía”; nadie le llevó el apunte ahí. La filosofía, en Argentina, fue siempre la de profesores de filosofía, pero no habla de filósofos. Salvo Macedonio, que se atrevió a quedarse solo y a empezar desde la nada, desde el sueño, desde el principio empezar a pensar que es así cómo nació la filosofía también, con una pregunta básica: ¿quién soy yo, dónde estoy, qué es esto? Macedonio lo dijo, y fue lo primero que dijo: “esto es poca cosa o es nada”.

Y el otro punto es cuando Borges, en ida y vuelta, dice “somos como todos, somos el mundo, no tenemos por qué sentir que somos una cosa especial, carente de, huérfanos”. No somos huérfanos de nada. Pero es difícil aceptar que no somos huérfanos, así como nos cuesta la muerte de nuestros padres, nos deja huérfanos, y no aceptamos hasta cuando la aceptamos, hasta cuando aceptamos ser nosotros mismos. Tarda eso. Estamos en pleno proceso, y esto sería algo que yo sentía y quería decir.

Argentina tiene una reserva humana de orden crítico e intelectual de primer orden, pero no es convocada. No es convocada, lo lamento. Hay que hacer un esfuerzo para convocar, y no es un problema solamente del federalismo, es un problema de querer rescatar todo lo que hay, todo lo que vale, todo lo que puede aportar algo a esta cuestión de la construcción de la identidad. Y la construcción de la identidad se hace mediante el pensamiento, mediante un pensamiento de este tipo, que toma en cuenta todo.

Marta Inés Montiel⁸: Buenas tardes a todos, nuevamente, y a todas. Me presento. Soy una docente matanzera, del territorio del conurbano bonaerense, con cierta formación académica que me dio esta querida Facultad de Filosofía y Letras. Cuarenta años de ejercicio en territorios del conurbano.

Cuando ustedes hablan a mí me convoca, forzosamente, el hecho educativo. Y ese hecho educativo que nosotros ejercemos en las instituciones... los profesores de los institutos de formación docente, tenemos una seria actitud que nos impide vernos como sujetos críticos de nuestros propios haceres y

8. Profesora de institutos de Formación Docente, investigadora (IICE-UBA) y ex-supervisora en el sistema educativo de la Provincia de Buenos Aires.

prácticas pedagógicas. Pareciera que la formación docente es una certeza y que lo que nosotros hacemos es la verdad. Que construimos consciencia, que esta consciencia es correcta, y transformamos la educación en lo que yo planteo y muchos pensamos: en actos de adoctrinamiento.

Esto, obviamente, cuando lo ponemos en discusión en este espacio, cuando lo hablamos con nuestros compañeros, se cruza con el tema de “entonces, ¿qué es la militancia pedagógica? ¿Qué estamos militando cuando educamos?”. Y acá la interpelación que me convoca es el tema de la militancia. ¿Qué es militar algo? ¿Es trabajar? No. Es entregar. Es un don, es un plus. Es un compromiso más allá de lo prescripto. Y en esta militancia pedagógica que muchos tratamos de instalar como concepto de praxis nos lleva a un juego, hablando de juegos, en donde se cruzan lo político y la política, donde se cruzan la crítica, la actitud crítica, y donde, en busca de un hecho emancipador, empezamos a pensar en la poesía. La poesía deja ver aquello que no está dicho; irrumpe en toda lógica. Y entonces fuimos a una interrogación: ¿puede ser, el hecho educativo, un acto de poesía?

Zulma Palermo: Sí, lo es. En verdad es que tocó mi costadito flaco. Yo soy maestra, he sido maestra desde jardín de infantes. Es decir, hice docencia de maestra jardinera hace sesenta años. Tenía 16 cuando empecé en docencia, porque soy de las graduadas del bachillerato, cuando era aquel sistema. Y luego transcurri por todos los niveles del sistema educativo. Entonces, mi vida se ha hecho en docencia. Y lo que esa marca tan fuerte ha jugado en mi vida es fundamental. Vos decías que qué es hacer docencia. Hacer docencia es una pasión, y poder actuar en pleno sentido de docencia es actuar de manera sentipensante, es

sentir y desde el sentimiento pensar, por eso lo poético. La poesía no se hace sin pasión. La docencia no se hace sin pasión. Y esa es la que fructifica de manera multiforme. Uno nunca sabe qué va a pasar con los encuentros con miles y miles y miles de vidas que circulan bajo nuestra responsabilidad cotidianamente.

Yo nunca estudié pedagogía, nunca circulé por las ciencias de la educación. No. Hice lo que la práctica misma me iba diciendo que tenía que hacer y lo que los estudiantes pedían que hiciésemos. Y, en ese sentido, creo que no es el adoctrinamiento. Porque, a mí, la palabra “militancia” me molesta mucho por su formación etimológica, ¿no? “Militancia” viene de “militar” y “militar” pertenece a un campo que a mí me incomoda profundamente. Entonces, militar, para mí, es un lexema que se carga con sentidos no muy agradables. Es otra cosa.

Vivir... Silvia decía, comprometidamente, con aquello que uno desea concretar con los otros, que esa es la otra variable fundamental a la que apuntaba también, en algún momento, Noé. Es *con*. No hay otra forma de ser maestro o maestra, o docente, si no es con los otros. Es un trabajo comunal. No digo “comunitario”, porque la idea de comunidad va por otro lado. Es comunalmente, es poniéndonos en juego, volviendo a la palabreja inicial, todos en común, tratando de encontrar eso que nos *habilita a* —a partir de una frase ya hecha para nosotros y que la acuñó Gloria Anzaldúa en su momento— la herida colonial. ¿Qué compartimos de esa herida? ¿Qué es lo que nos falta? ¿Cuál es nuestra carencia? ¿Qué es lo que nos obliga a avanzar en la búsqueda? Y hasta acá llego porque, si a mí me dejan hablar de esto, perdón, no paro en un mes.

Noé Jitrik: Lo que dijo Marta sobre poesía, la mención de la poesía como salida, como puerta de salida, que Zulma retoma muy bien, muy poéticamente, por decirlo así. Yo coincido plenamente, lo que pasa es que es en qué lugar está la poesía, cómo es vista, cuál es la residencia.

En algún momento, yo formé parte de un grupo muy importante de científicos, y cuando los científicos hablaban yo les decía “a ustedes les falta poesía”. La única reforma concreta que se podría hacer en las facultades llamadas “científicas” es cursos de poesía para que puedan entender un poco, entenderse a sí mismos un poco, no para convertirse en lenguaraces poéticos y decir las cosas en verso. No es eso. Es lo poético como un flujo, como una atmósfera. Y eso, por ahora, se tiene o no se tiene, pero también se puede defender. Eso forma parte de una actitud no sólo crítica, sino también pedagógica y, aun, política.

Tengo dos ejemplos para señalar en el orden casi pintoresco. El expresidente Menem, por ejemplo, se refirió a las novelas de Sócrates. Interesante, porque es la creencia que la novela es el hecho fundamental, que no hay problemas de expresiones de escritura, de introducción textual, de creación... no, una novela. Entonces, para hablar, para darse dique, dijo “las novelas de Sócrates”.

En la campaña electoral, Alberto Fernández, cuando le preguntaron por Gelman, habló de poemas de Gelman. A mí me parecía, fundamentalmente, otra cosa. Alguien que, con esa responsabilidad sea permeable a ese discurso, tiene que ser todavía defendido por nosotros. Bueno, y, además, está el uso. Porque un poeta puede llegar a tener mucho prestigio universal. Por ejemplo, Octavio Paz. De repente, a algún presidente de México, en las preparatorias electorales, le preguntaron qué leía y decía que había leído el último *best-seller* de no sé qué.

Cuando era presidente ya mencionaba cosas de Octavio Paz, porque eso le daba lustre. Usaba la poesía. Astuto el tipo: usaba la poesía o al poeta. Porque una cosa es el joven que quiere escribir poemas o el que defiende a la poesía y otra cosa es ser consagrado al premio Nóbel. ¿Quién se le iba a oponer a Neruda, por ejemplo? Era una cosa impresionante, una sanción universal.

Así que, ¿dónde reside esto que llamamos “la poesía”? Está en lo poético, en el aura, en el resplandor, en eso que detiene el pensamiento, que detiene el cinismo, tan creído de que puede actuar sobre la realidad o de que es real. Es esa otra cosa. A mí me parece muy interesante y muy importante esto que ustedes han dicho. Creo que arraiga, es profunda.

Tiene tantos ribetes todo esto que se está diciendo que el tema de la filosofía, su objeto... Para mí, por ejemplo, hay una vertiente, que creo que es nueva, del filosofar que es retomar a partir de los juegos del lenguaje. Rehacer los juegos del lenguaje, interrogarse sobre lo que creemos que sabemos y que no sabemos del todo. Y es... a los términos que usamos, lo que dijo Zulma hace unos instantes sobre la palabra “militancia”.

La primera vez que alguien se anima a decir una cosa así. Te felicito, Zulma, y te acompaño en la adversidad, estás contando conmigo para eso. Eso es filosofar, decir “no me la trago cualquier cosa”, y empiezo a convertir esa palabra y otras palabras como objetos de pensamiento, y las palabras se empiezan a abrir, los conceptos empiezan a surgir. Eso lo podemos hacer. Y algunos lo hacemos.

He leído los libros, algún libro de Horacio. Me pareció que ahí hay un florecimiento de conceptos impresionante. Eso es filosofía, es la filosofía que

nosotros podemos hacer y creo que se abre un camino en ese sentido. Algo que en la academia pesa mucho, en la universidad. ¿Cómo se llama esa cosa que piden para la tesis? Marco teórico. Si ponés en este momento a Agamben, a Foucault, esto ya cumple con el marco teórico en casi todas las universidades argentinas.

Hay que empezar, eso lo decía, estaba recordando, Ortega y Gasset que no era ninguna maravilla, pero cuando llegó a la Argentina, habló con mucha gente y dijo “argentinos, pónganse, de una vez, a hacer algo”.

Silvia Barei: Me quedé pensando en lo del hecho educativo que planteaste, Marta, como un hecho poético. Por supuesto, adhiriendo a las reflexiones de Zulma y a las de Noé, particularmente, en relación con la poesía, pero yo ampliaría un poco la noción de poético. Porque, si no, parece que nos centráramos en la poesía, y yo sé que, teóricamente, no es así, pero no vamos a dar la discusión ahora. Yo hablaría del hecho educativo como un hecho creativo. O sea, abriría un poco la categoría de poético para que no se interprete, justamente, como poesía. Como un hecho creativo.

Zulma Palermo.: No hablamos de versitos, es otra cosa.

Silvia Barei: No hablamos de versitos, tal cual. Y hablamos, como dijo Noé, de Gelman, pero no solo de la poesía de Gelman. Me vino a la cabeza una frase que yo no sé de quién es, pero la voy a decir porque es muy linda: “la verdadera revolución consiste en enseñarle a alguien a pensar creativamente”. Me parece que esa sería la idea.

Y retomando lo que decía Noé a propósito de lo que yo hablaba del deseo. No solo es una cuestión de deseo, y me parece que eso, en el hecho pedagógico, es bien importante. No es solo que uno quiera... tenga el deseo de hacerlo, de

pensarlo, sino la capacidad de que realmente eso se pueda hacer. No como una militancia en el sentido estrecho, sino como un desafío para enseñar a pensar, para enseñar a ser creativo, para buscar aquellos textos que, justamente, la labor crítica nos pone al alcance de la mano.

Por ahí, Horacio, en alguna parte, yo le leí que dice que la crítica está en el mundo. Yo lo vinculé con una reflexión de Edward Said que dice que los textos son mundanos. Entonces, yo me detendría, como práctica, como posibilidad de hacerlo, como aquello que me lleva a pensar cosas, ya en el plano del aula. Cualesquiera sean los niveles, no estoy distinguiendo entre los grandes niveles académicos de lo que uno puede hacer en una escuela primaria con los niños, que son absolutamente creativos, ya lo sabemos.

Entonces, la crítica está en el mundo, los textos críticos están en el mundo, y habla de textos que son mundanos, como dice Said, que están en el mundo, que hablan del mundo, que hablan de los conflictos, de los acontecimientos, de las emociones, de las resistencias... En este momento, ¿cuántos textos tenemos a mano —buenos textos literarios, excelentes— que hablan de las resistencias que han sucedido o que están sucediendo en el mundo? De las mujeres, de los jóvenes, de ciertas corrientes de pensamiento. Esa idea de que podemos trabajar creativamente con el objeto... con el oído puesto en aquello que está sucediendo en nuestras culturas, en nuestras sociedades. En estos momentos revulsivos y convulsivos.

Me viene a la cabeza, y ya esto lo hago como una militancia, Zulma, pensar en dos novelas que, en este momento, nos enaltecen como cordobeses porque han ganado dos premios importantes. Una es *Las malas*, de Camila Sosa Villada, que acaba de ganar el Sor Juana, y el otro es *El país del diablo*, de Perla

Suez, que acaba de ganar el Rómulo Gallego. Dos novelas que ya teníamos leídas, porque son premios que se dan a libros que ya están editados, pero tienen, justamente, ese oído puesto en lo social, en los conflictos sociales. Una, en clave histórica; el de Perla habla de conflictos que arrastramos desde el siglo XIX, que arrastramos desde que Alberdi pensó el país; que arrastramos desde la discusión de *Civilización y barbarie*.

Y después la novela de Camila, *Las malas*, y, en general, la obra de Camila, con el oído y mirada creativa puesta en aquello que está sucediendo en relación con las sexualidades, porque ella es trans, entonces se ubica en ese lugar, lee el mundo desde ese lugar y nos acerca una mirada dolorosa, muchas veces terrible, pero poética. Poética, justamente, creativa, en relación con ese mundo.

Me parece que esas miradas, esas lecturas, pueden no ser, necesariamente, de la literatura. Yo puedo recurrir al teatro, puedo recurrir a las performances, puedo trabajar con cualquiera de las otras artes. Son las que nos plantean y nos pueden plantear como cuestión de pregunta, del hacer pedagógico, cómo reflexionar, cómo pensar el mundo y cómo ayudar a que eso sea hecho creativamente.

Por eso, lo que me señala Noé al principio, es que tiene que ver con esta capacidad de hacerlo. Capacidad de desearlo, de poder pensarlo y después de poder decirlo en el lenguaje que sea; en el lenguaje de la escritura, en el lenguaje de la música, en el lenguaje del cuerpo.

Así que ahí hay un gran desafío para nuestra labor pedagógica. Solemos quedarnos en la mitad del camino, solemos quedarnos en la propuesta y no avanzar más allá. Nos ha pasado a todos, y nos hemos quedado pensando por qué no llegamos más allá o hasta dónde... si llegamos un poquito más allá, hasta

dónde lo hicimos y qué resultó eso. Eso solamente. En todo caso, nada más. Para decirlo en términos de Noé: lo demás es poesía.

Telón: palabras cruzadas de final abierto

Horacio González: Muy bien. Punto. Muy bien, diez, felicitado. La fórmula que todos debemos recordar. Yo creo que di clases durante cincuenta años, siempre en la universidad. No sé bien cómo definiría a un pedagogo, a un educador, a un maestro... me da la impresión de que hay ciertas palabras que no nos gustan y que hay que pronunciar o no está mal pronunciar. Eso respecto a las palabras que no nos gustan, porque no podemos tener una actitud selectiva respecto a lo que es la práctica social del idioma, que es turbulenta, contradictoria y casi, podría decir, inútil, gratuita.

Zulma Palermo: No es gratis.

Horacio González: Y después, al revés, las palabras que nos gustan quizás las debemos retener y no hacerlas muy explícitas. El aquí y ahora, si se lo subraya con insistencia, puede ser inocuo. Así que yo llamaría a una aproximación pedagógica, a la *paideia*, digamos, a crear cierta ambigüedad en el trato con la palabra, de lo que nos gusta, retenerlo, velarlo, ocultarlo, y lo que no nos gusta es probable que debemos decirlo también, porque, de lo contrario, no nos someteríamos a la lógica dominante de lo que es el habla cotidiana.

A partir de ahí me parece que hay otra lengua que puede chocar con el lenguaje cotidiano de varias maneras. Una, la del erudito citador. Con la cita hay que tener mucho cuidado. Si uno dice, por ejemplo... Con Macedonio Fernández, no, porque, al citarlo, uno ya está diciendo un mundo de suma complejidad, palabras hechas sobre palabras, y la palabra que nunca empieza, digamos, siempre está prologada por una incesante cantidad de palabras que van hacia a atrás, hacia

un origen imaginario que nunca existió. Entonces, esa cita se puede hacer así nomás. Para hablar de los juegos del lenguaje, esa cita hay que cuidarla y quizás sea mejor retenerla, omitirla, porque, de lo contrario, podemos imaginarnos una clase como la superioridad del conocimiento de un texto. Cuando eso ocurre, una clase, una fórmula educativa, empieza a ceder su lugar a fórmulas de prestigio. Entonces, yo pienso eso, bajo esa alarma pedagógica o conjetural, digamos.

Por eso, cuando se cita Mallarmé, es posible que se esté citando a Moctezuma, o es posible que se cite a José Martí o a Vasconcelos, o a Mariátegui o a Rodolfo Kusch o a Canal Feijóo. Y cuando se cita a Canal Feijóo es posible que se pueda citar a Sartre o a algún antropólogo francés del cual Bernardo Canal Feijóo tomó mucho de su obra, muchísimo. Entonces, si uno cita a Lévi-Strauss, está citando a las tribus que se están extinguiendo hoy en las amazonas, porque día tras día se extingue una tribu, y mucho más ahora, que se queman las amazonas. Y día tras día se extingue una lengua. Por ejemplo, la lengua de los onas. Ese nombre se los dieron los españoles, pero ellos se llamaban *selk'nam*. Los aborígenes de Tierra del Fuego. Hace diez años murió la última persona que hablaba ese idioma. Y se conservó un disco de una discípula de Lévi-Strauss que estaba estudiando esa tribu. ¿Hay que estudiar las tribus? ¿Hay que ir a las etnias? Supongo que sí, yo nunca lo hice, no me animaría.

Un caso de Lévi-Strauss es que tanto se animó que temió que su presencia como individuo europeo, blanco y educado en los mejores colegios de Francia —en el *Le blanc* o en el *Collège de France*—, temió que su presencia ahí fuera un indicio de corrupción de la lengua originaria. Es la gran discusión con Derrida, si finalmente había llevado la escritura a una tribu que no la tenía.

Y Derrida dice: “era bueno llevar la escritura, porque sin la escritura no hay pensamiento”. Bueno, son grandes discusiones que nos abarcan en cualquier lugar que estemos, en cualquier aquí y ahora que estemos. Si no indagamos en eso es muy posible que hagamos un latinoamericanismo vacío, del cual se aprovechan los políticos de todo tipo, y que critiquemos el europeísmo de una manera indebida. Son problemas muy graves que hay que tratar con sumo cuidado y que, de algún modo, dependen de cómo citamos, cuántos tonos utilizamos en nuestra voz. Ahí diría que no tanto una poética hay en las clases; también una sonoridad. Cuántos planos de sonido utilizamos.

En fin, son reflexiones que no amparo en ninguna experiencia particular. Dije que tenía cincuenta años de profesor para asustarme un poco a mí mismo, nada más. Así que es esa mi experiencia, mi experiencia como una nada, una nada sensible.

Le digo a Zulma: si vos temés utilizar la palabra “militar”, yo temo usar la palabra... no me acuerdo cuál dijiste. Razón-sentimiento, algo así. Formaste un sintagma con esas dos palabras. Yo no la utilizaría porque es una palabra que sorprende e interrumpe el flujo del idioma de una manera que no sé si tiene buenos resultados. Te lo digo porque como vos señalaste con absoluta diafanidad tu inconveniente con la palabra “militancia”... Yo también lo tengo, no la uso, porque sé lo que es la militancia y la respeto mucho, pero no la uso por la misma razón que vos no la usás. Pero otra cosa es no respetarla. Y después inventaste una palabra que tenés que pensar sobre esa palabra si está bien. Por ahí no está bien esa palabra. Pensalo, sentipensalo, y te vas a dar cuenta que no cualquier palabra se inventa. Son palabras valija, como decía Lewis Carroll, que pueden inventarse o no. Esa es una opción de inventar o no palabras ante la cual somos libres frente

a un idioma. Y eso ocurre hablando el árabe, el español, el francés o teniendo la cosmogonía de los quechuas o de los aymara, como dijo el vicepresidente de Bolivia en su interesante discurso de asunción del mando. Bueno, es eso tan desagradable lo que tenía para decir.

Valentina Giuliano: Zulma, ¿quisieras agregar algo más?

Zulma Palermo: No, no, yo soy muy respetuosa de la palabra de quien todavía puede enseñarme mucho.

Noé Jitrik: ¿A quién le decimos todas estas cosas? Un poco a nosotros mismos, pero un nosotros bastante amplio. El problema es cómo trascendemos y hacemos que los vehículos de transmisión se hagan cargo. En última instancia, cómo hacemos para que el maestro de escuela que tiene que estar con niños en Villazón, en La Quiaca, en Chivilcoy o lo que sea pueda hacerse cargo de esto. Creo que esa es un poco la cuestión estratégica más amplia.

Porque, claro, creo que ahora podemos salir bastante contentos de escuchar todas estas cosas, a mí me da un placer inmenso escuchar a gente que piensa, gente que se cuestiona e inteligente; además, simpática, además, amigos míos de larga data. Es felicísima la cosa. Pero el problema es cómo esto que podemos decir llega a otros lugares. Bah, “a otros lugares”. No al *popolo*: cómo llega a los maestros. Y ahí que este episodio de Buenos Aires, esta cuestión del desprecio a los maestros, tenga este contenido. Es un juicio sobre los maestros que no guarda ninguna relación con la posibilidad de que ellos sean los agentes de pensamiento, de reflexión, de poética. Ahí está la cosa.

Entonces, no es cuestión de una buena ponencia en el ámbito de ciencias de la educación solamente. Es indispensable, pero no es solamente; es cómo

nos encontramos hacia otros que se hagan cargo de esto y lo re-transmitan. Porque esto se retransmite. Hay pensamientos de época, hay actitudes que se generalizan. Siempre. Esto ocurre. Pero tienen que haber medios idóneos para que eso sea un poco más fácil. Y eso son políticas de Estado que son globales. Esto se enseña no solamente diciendo lo de “los maestros tienen que incluir el halo poético en lo que hagan”, sino que tiene que ver con salarios, tiene que ver con respeto, tiene que ver con materiales, tiene que ver con ámbitos, tiene que ver con lo que se hace con el conjunto de la población...Es un conjunto que permite, también, que se hagan cargo de una manera de pensar.

Ese problema ustedes lo pueden ver, en cierta política educativa después de la Revolución mexicana. La importancia que se le dio a las escuelas rurales. Ahora lo podemos saber por películas. Heroicas películas. Maestros que llegan a lugares inhóspitos, que no tienen nada, y que se proponen irradiar los principios de la revolución. Es una maravilla, esa experiencia. Probablemente, tuvo corto alcance, no lo sé. En todo caso, se tradujo en México en una institución muy importante que todavía continúa, que es el libro de texto gratuito que se les da a todos los niños de todas las escuelas. Millones de ejemplares de textos gratuitos que los niños pueden disponer. Eso es política. No sé si es suficiente. Algo es, o algo indicativo es. Por ahí pasa también un poco la cosa. Lo que nosotros pensamos tiene que adquirir formas que se transmitan, que irradien y que infundan.

Porque, además, yo estoy recordando anécdotas para terminar esto de otra manera. Yo fui profesor de escuela secundaria una sola vez y creo que duré cuatro días. En una escuela privada de niños bien del barrio de Belgrano, en Buenos Aires. Entonces, los niños bien mucho el apunte no me llevaban porque,

como eran niños bien, no les importaba mucho. En fin, de todos modos, a algunos una vez les di una tarea, que leyeran un cuento. No sé de quién, pongamos de Cortázar, lo que sea. A la clase siguiente le digo a uno que está ahí: “oíme, ¿leíste el cuento?”, “sí”, “¿y qué?”, “¿y qué qué?”, “¿y qué? ¿No tenés nada que decir?”, “y... no”, “¿cómo no tenés nada que decir?”. Él creía que cuando dijo “no tengo nada que decir”, inmediatamente yo iba a recordar al papá que paga la colegiatura y que, por lo tanto, está preservado, pero no. “Pará”, le digo, “vos me estás diciendo que sos idiota, que sos un estúpido. Porque, como no se te ocurre nada sobre un hecho importante que tenés ante los ojos, tenés que ser idiota. Demostrame que no lo sos”.

Entonces parecía violento, antipedagógico, lo que sea. No, enseguida empezó a decir “bueno, mucho no me gustó”. A ver, empecemos. Empecemos. Y ahí me di cuenta de algo que creo que es importante, que es el bloqueo y cómo se atraviesa el bloqueo. A veces, con medios *non santos*, como fue en esa oportunidad. De todos modos, al día siguiente se terminó mi permanencia en la escuela y eso es simplemente un recuerdo muy agradable para mí, cómo pude romper ese bloqueo, la cerrazón, el universo de creencias obtusas que hay que atravesar. Yo creo que hay que hacer algo. ¿Quién? Yo, desde aquí, no puedo hacer gran cosa. Y ustedes, probablemente, tampoco. Ustedes más. Silvia, que está en la universidad, que fue vicerrectora de la Universidad de Córdoba —y me alojó un tiempo, equivocadamente—, eso puede hacer mucho. Pero yo, desde acá, nada. Solamente masticar estos conceptos y compartirlos con ustedes tan gratamente y pasar una tarde lindísima.

Facundo Giuliano: Bueno, más que palabras de gratitud no surgen después de tan linda tarde. Me daba la sensación de que estábamos rompiendo, de alguna manera, o agrietando un poco al menos, los vetustos muros disciplinarios. Al principio hablaba de la decadencia disciplinaria en la que estamos sumidos, las lógicas de hiperespecialización, ese monstruo embrutecedor que hoy se llama “evaluación” y pone a la docencia, a la práctica docente, a la praxis estudiantil, en una situación de burocratización, de persecución... inclusive de configuración empresarial de las subjetividades en el área educativa. Una lógica por demás embrutecedora.

Estaba pensando en lo que surgió en esta conversación, sobre todo en lo que refiere a percibir cómo, con sus testimonios, la importancia de que las llamadas “ciencias de la educación”, las pedagogías, puedan verse interpeladas por otros lenguajes, puedan abrirse, puedan tornarse un poco ambiguas -diría Horacio-, en relación a qué sucedería si, de repente, se comienza a pensar desde acá, desde aquí, como decía Zulma, en el ejercicio de recuperar pensadores y pensadoras como ustedes. Sacarlos de ese espacio disciplinario que a veces se llama “crítica literaria” y que, como sucede con la disciplina, nos disciplina, encierra, encasilla en determinados lugares y no nos leemos. Y no pensamos las propias andanzas desde lugares que nos permitirían dislocaciones del lenguaje, por eso festejo también este encuentro, que es un regalo, con toda la generosidad que guarda el acto del dar sin condición. Otra definición de lo que puede significar enseñar.

Sin descuidar lo que empuja a preguntar y preguntarse, hay mucho por hacer. Tanto como hicieron ustedes, de una manera bastante entrometida de reflexionar, de perder el miedo a pensar la propia praxis (pedagógica, política,

intelectual) en relación con lo poético, que también es sumamente importante empezar a repensar desde nuestras novelas, desde nuestros escritores, desde nuestras poetas, y ensayar nuestras propias poéticas, pedagógicas también.